

**Reseña de Ángeles Vicente: *Libre de espíritu*. Estudio y edición de Sara Toro Ballesteros. Córdoba: Almuzara, 2022.**

Tanto a los personajes de Ángeles Vicente como a la autora misma podemos designarlos con el nombre “libre de espíritu” (de hecho, “es el apelativo con el que más veces se identifica” [39]), por lo cual Sara Toro Ballesteros, desde la propia elección del título, destaca una faceta relevante de la creadora cuya trayectoria literaria está investigando y llama la atención sobre un aspecto primordial respecto al universo ficcional estudiado. En la introducción pone de relieve que “la polifacética y curiosa personalidad de Ángeles Vicente se evidenciará en una rica variedad textual” (41): indica, por un lado, que la vida y la obra de la escritora representan un terreno digno de explorar, pero, por otro, también subraya las dificultades para clasificarla y encuadrar su producción literaria en una tendencia concreta (aunque concluye que “si Vicente se pudiera vincular a una corriente, esta sería, precisamente, la del librepensamiento” [15]).

*Libre de espíritu* se divide en dos partes: la primera incluye los estudios de la investigadora Sara Toro Ballesteros acerca de la figura de Ángeles Vicente, la segunda es una edición anotada de una selección de cuentos, leyendas y otros textos dispersos en prensa de la autora. El primer capítulo (“Luz a las sombras de una biografía”) detalla la trayectoria biobibliográfica de Vicente: habla sobre la incertidumbre acerca de su lugar de nacimiento (1878, ¿Cartagena?), su infancia en Murcia, su juventud y su formación en América, su relación matrimonial, sus viajes y las experiencias vitales que influyeron en su obra, además de sus vínculos con otros escritores.

“La narrativa de Ángeles Vicente”, según destaca Toro Ballesteros, “no pasó inadvertida para los medios de la época, como demuestran las numerosas críticas y anuncios publicitarios de sus obras junto a las de grandes nombres” (72). Cabe destacar, por ejemplo, que “con Miguel de Unamuno compartió filias [...] y fobias [...] que conocimos gracias a la correspondencia conservada en la Casa Museo del autor de *Amor y pedagogía*” (237).

La autora vivió en Argentina desde los diez hasta los veintiocho años, colaboró en periódicos y revistas, y su novela más conocida, *Zezé* (1909), fue pionera, sin duda, en cuanto al tratamiento del placer y la sexualidad femenina en la literatura hispánica escrita por mujeres. Tenía la vocación de normalizar en sus escritos las relaciones sexuales como actos naturales: “el erotismo vertebr[ó] toda su producción narrativa, pues represent[ó] un punto de conexión con lo espiritual a través de los momentos de arrobamiento místico; y también con lo social, ya que pon[ía] de relieve las heridas colectivas” (240-241).

El segundo capítulo (“Argentina desde Madrid: los cuadros y leyendas de *El Imparcial*”) resume, por un lado, la importancia de esta visión colectiva que la autora nos proporciona sobre el ambiente exótico de América a través de sus textos publicados en la revista *El Imparcial*; por otro, insiste en el enfoque particularmente personal desde el que Vicente aborda su idea de América: “Ángeles, más que una viajera ocasional con bagaje libresco, fue una residente lúcida e inquieta que, en su afán por descubrir y descubrirse [...] se empapó del medio que la rodeaba” (98). Estos cuadros y leyendas, por tanto, no solo aportan desde un prisma literario, sino también desde uno histórico. Como Toro Ballesteros señala, “Vicente no solo informa de la historia de su tiempo, sino que también recoge hitos que generaron toda una tradición literaria” (101).

Una vez que nos hemos adentrado en la vida y personalidad de la escritora y viajera que pasó gran parte de su infancia y juventud en Argentina, donde comenzó a colaborar en la prensa periódica, y en sus temas predilectos, como el papel de la mujer en la sociedad o los derechos de los indígenas de El Chaco, a partir del tercer capítulo (“*Los buitres, Sombras* y otros relatos

dispersos en prensa”) se nos ofrece la posibilidad de acceder a otra cuestión fundamental que aparece reiteradamente en la producción narrativa de Vicente: la medicina. En el apartado “Medicina y literatura: un espacio para la convergencia” ya podemos hacernos una idea de su especial interés hacia la figura del médico, y en el siguiente capítulo (“Nueva mirada desde la literatura a las patologías mentales y las relaciones médico-paciente”) se presentan pensamientos sumamente interesantes respecto a la representación de los médicos, la enfermedad y el dolor en la literatura, sobre el autodiagnóstico y el desprestigio de los jóvenes doctores y sobre la situación de la medicina en la época. Como la editora nos explica, “Vicente alude en sus relatos a varias prácticas terapéuticas de moda” (145), además, a menudo aborda cuestiones sociales, critica las costumbres burguesas del período y expresa claramente su opinión acerca de temas incluso polémicos (por ejemplo, que los médicos en aquel entonces se centraban demasiado en el cuerpo dejando de lado lo mental y lo espiritual).

Resulta curioso observar y analizar mediante ejemplos concretos cómo se manifiesta la muerte en la narrativa de Ángeles Vicente: en el apartado “Muertos de risa: las caricaturas del dolor”, se plantea hasta qué punto está relacionado lo trágico con lo cómico y cuál es la función de humor en los relatos. “Los insólitos planteamientos de los cuentos de Vicente”, escribe Toro Ballesteros, “tejen un entramado de soluciones narrativas en el que los contrarios risa/llanto, vida/muerte, racional/irracional se rozan hasta el absurdo” (186). La autora utiliza además la ironía para mostrar y evidenciar la hipocresía de ciertos personajes y poner de relieve, a través de su comportamiento, su opinión sobre el *modus operandi* burgués de la época.

El quinto capítulo (“De la ciencia a la decadencia: fin de siglo”) nos ofrece, por una parte, un panorama más general sobre el período en el que nuestra autora vivió; por otra, ayuda a comprender las tendencias finiseculares y las dificultades de Ángeles Vicente para tratar cuestiones espinosas, como hizo con frecuencia, desde la perspectiva de una mujer singularmente valiente. Los títulos de los apartados de este capítulo son muy sugerentes (“El ocaso del héroe y el esplendor de la heroína”, “Ídolos de belleza frente a monstruos de fealdad”, “La decadencia del héroe finisecular”) y aluden a un aspecto importante de la narrativa de Vicente: la dicotomía entre hombre y mujer, entre lo corporal y lo espiritual. Mediante sus escritos ataca insistentemente a la figura de Don Juan, subraya “la necesidad de la incorporación de la sensibilidad femenina a la realidad social” (223) y escribe sobre temas de eminente actualidad en cuanto a la independencia de la mujer. Como señala Ena Bordonada, quien empezó el rescate de la figura de Ángeles Vicente en 2004, la autora lucha contra la misoginia y la frivolidad (39), y deliberadamente nunca incide en la belleza femenina: “[j]ustamente una de las particularidades de la narrativa de Vicente resid[e] en la valoración del intelecto de las heroínas, menoscabando su belleza física” (242).

El último capítulo antes del epílogo (“Sueños de hachís. La identidad de la máscara”) aborda la mezcla de lo real y lo ficticio en los relatos de Vicente: elementos que representan la pérdida del control como el alcohol, el tabaco y el hachís, estrechamente vinculados a la aristocracia en sus textos, impregnan a su narrativa de cierta ironía y crítica social. En el epílogo podemos leer, en primer lugar, una breve pero exhaustiva síntesis a cargo de Toro Ballesteros sobre las vivencias de la autora; y, en segundo lugar, los criterios de edición.

Llegamos así a los propios textos de Ángeles Vicente, cuya lectura se enriquece merced al estudio previo de la editora, quien los ordena en bloques temáticos, el primero de los cuales incluye trece cuadros y leyendas americanas, entre ellos, “La leyenda de la sombra que llora”, “El regreso de una batida”, “La cura mágica”, “Divorcio por no calzarse” y “Los indios del Chaco”. Todas las historias muestran una pequeña pero valiosa parte de la imagen de América, de los indios y de las costumbres exóticas —“lo real maravilloso”— a la gente europea.

Percibimos que la visión de la narradora se nutre de un conocimiento profundo del continente y de sus habitantes: la relación entre la experiencia vital y la producción literaria es indiscutible. Los cuadros de Ángeles Vicente tienen cierta tendencia al didactismo: encontramos explicaciones entre paréntesis para los términos en guaraní y enumeraciones respecto a la flora y fauna locales. Es importante destacar, además, que la autora trata de no juzgar las costumbres de los indígenas, más bien procura ser meramente informativa; en sus textos abundan los detalles etnográficos (como, por ejemplo, la descripción de los adornos y los tatuajes en “Los indios del Chaco” o las técnicas cinegéticas en “Oratoria indígena”).

En el segundo bloque están recogidos diferentes cuentos dispersos en prensa: “El hombre del hongo gris”, “En el último delirio”, “La historia de una calavera” y “La risa del esqueleto”, entre otros. Se percibe así, como se ha destacado al inicio, que encuadrar a Vicente en una tendencia concreta resulta difícil porque sus textos “vieron la luz en publicaciones de ideología y planteamiento editorial tan dispares como *Blanco y Negro*, *La Unión Ilustrada*, *El Imparcial*, *El País*, *El Heraldillo Militar* o *España Médica*” (15). Mediante estos textos se manifiesta claramente que tanto las patologías mentales (melancolía, depresión) como el mundo fantástico y los espíritus están entre los temas predilectos de la narrativa breve de la autora (pensemos, por ejemplo, en el protagonista de “El hombre del hongo gris” que todas las noches entierra un ramo de flores con el fin de calmar la ira de un espíritu pasado).

El último bloque temático consta de una serie de cuentos recogidos en *Los buitres* (1908), compilación de doce relatos publicados en prensa en los que podemos advertir un común tono crítico frente a la sociedad de la época. El cuento teatral “Nobleza obliga” de este bloque es un ejemplo claro para mostrar el gesto crítico de Vicente, ya que el diálogo que entablan los personajes “se asemeja a un partido de tenis patrocinado por la hipocresía” (229). La conversación resulta inocente a primera vista, pero es muy interesante que, conforme avanza el diálogo, el lector se percató de “la maledicencia de las interlocutoras, que no dudan en encumbrar o escarnecer a sus pretendidas amigas cambiando de parecer, según *noblesse oblige*” (230). Vale la pena poner de relieve, además, que ya mediante los otros títulos de este bloque temático (“La risa de la vida”, “Opio”, “El ángel negro” y “Noches bohemias”) podemos tener una idea de la actitud de la narradora hacia a los aristócratas.

A continuación, aparecen textos dedicados a la autora (“Opio...” de Álvaro Retana, “El ángel negro” y “Noches bohemias” de Federico González-Rigabert), muy ilustrativos de su influencia en otros escritores y muy útiles para ver esta forma peculiar y, al mismo tiempo, natural de relacionarse mediante la literatura misma. Están incluidas, además, en el apartado de anexos, tras la bibliografía, varias imágenes que enriquecen el volumen al ofrecer la posibilidad de acceder a portadas de los libros de Ángeles Vicente, ilustraciones de sus cuentos, dedicatorias a diferentes personas, algunas cartas manuscritas y otros documentos curiosos (como los datos censales de la familia de Cándido Elormendi, esposo de Ángeles Vicente, o la cédula de empadronamiento de la autora).

Después de leer el estudio previo de Sara Toro Ballesteros y los textos de Ángeles Vicente, parece cierto que la autora era “libre de espíritu” en varios sentidos: su vida personal, sus viajes, su literatura y su modo de tratar los temas no solo nos aportan un enfoque interesante y novedoso para aquellos tiempos, sino que nos transmiten asimismo una actitud peculiar ante la vida y un deseo profundo e intrínseco de libertad. Escribió sobre la situación de las mujeres en el siglo XX, sobre sus ambiciones y sus posibilidades de independencia (merece la pena destacar que “en [su] narrativa apenas hay referencias a las labores del hogar o la crianza de hijos [...], el matrimonio no se presenta como el final feliz al que toda mujer aspira” [241]), y las cuestiones que planteó a través de sus textos siguen vigentes. ¿Cuál es la función social de

la mujer? ¿Tiene la oportunidad de elegir libremente entre la autonomía y “la comodidad que les proporcionaría una unión de conveniencia” (241)? Su acercamiento —y el de Toro Ballesteros a la hora de presentar su libro y dar a conocer su obra— nos hace pensar, a veces nos puede incluso inquietar, pero no ofrece respuestas definitivas. Este es precisamente uno de los mayores méritos del volumen: nos invita al viaje, pero nos deja que seamos “libres de espíritu” y que reflexionemos sobre cuestiones que son, sin lugar a dudas, de plena actualidad.

**Réka Havassy**

Universidad Eötvös Loránd

*hr367322@gmail.com*

**DOI:** <https://doi.org/10.24029/lejana.2024.17.8040>

Recibido: el 1 de septiembre de 2023

Aceptado: el 18 de diciembre de 2023

Publicado: el 28 de febrero de 2024

© Réka Havassy



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C